



# SOMBRAS DE OTRO MUNDO

una historia de

## EODLD

El Ocaso de los Dioses

# SOMBRAS DE OTRO MUNDO

Valle de Manei

La pesada somnolencia del verano se había extendido cubriendo la aldea de Manei, sus fértiles campos y el bosque de abedules. Algunos tordos, ocultos entre las ramas, hinchando sus amarillentos vientres mantenían la musical atmósfera a pesar del calor y daban un toque de vida a la adormecida comarca. No tenían forma de saber que estaban a punto de recibir visitantes.

En la parte más interior de la arboleda un repentino viento sacudió el follaje mientras el suelo se cubría de hojas serradas arrancadas de su hogar. Momentos después uno de los troncos se agrietó y emitiendo un sonoro suspiro, quebrado su ser, cayó lentamente sobre sus hermanos. Las fuerzas de la naturaleza eran sacudidas por una magia que ningún ser, animal o humano, podía reconocer. Un poder procedente de otra esfera, un mundo donde toda vida estaba sometida por encantamiento y hechizos arcanos. Algunas ramas y hojas se incendiaron mientras un salvaje destello verde competía con el propia día. El hechizo se había completado.

Una bestia, similar a un lobo mal alimentado y sucio, con el pellejo de color melaza, ojos negros e inquietos y un hocico lleno de dientes, husmeó alrededor buscando amenazas. Detrás suyo dos bestias muy similares mordían un tronco, dejando su huella. Otro más se alejó unos pasos en dirección a poniente y aulló.

Las criaturas no tuvieron que esperar a su dueño. Un figura humanoide de estatura mediana se acercó a las bestias y pronunció una serie de sonidos incomprensibles: una mezcla entre secos ladridos e inquietantes siseos. Sin embargo, los anómalos lobos reaccionaron con una mirada de comprensión y partieron en cuatro direcciones opuestas a investigar. El que actuaba como líder, de unos cuatro pies de alto, grueso cuello y amplio torso, se sentó y recordó las instrucciones recibidas. Sus criaturas de presa sabían lo que buscaban. Únicamente debía esperar. Sin embargo, un olor atrajo su atención. Algo similar a un tenue aroma se arrastraba entre el follaje.

Lleno de curiosidad se incorporó y dirigió a su origen. Apenas tenía recuerdos de su vida anterior, cuando no era un explorador al servicio del Amo. En aquella época había tenido familia y amigos. Una vida feliz y completa. Ahora, en su nueva forma, únicamente le quedaba aquella ansia, una angustia vital que recorría sus venas y le obligaba a cumplir cuanto el Amo le indicase. Pocos pasos después había olvidado su previa humanidad: el instinto había vuelto a dominar su ser y arrastrándose entre la vegetación llegó al límite un camino de tierra.

En el bien aprovechado y diverso huerto de la familia Juren, la mayor de las tres hijas trabajaba recogiendo puerros, acelgas y lechugas que habían

sido plantadas formando bien definidas filas. Al día siguiente su padre iría al mercado de Manei y si había suerte, quizás obtuviese suficiente por aquellos vegetales para comprar algunas hermosas telas: ¡necesitaban algún vestido nuevo para la fiesta de la cosecha!. Los dioses les habían bendecido con salud y fortuna. Hacía años que no pasaban hambre ni sufrían plagas o epidemias. La muchacha pensaba con orgullo en su aldea, que ahora incluso contaba con los servicios de un médico retirado procedente de la ciudad de Rignariom.

Una súbita ráfaga de viento zarandeo sus cabellos castaños y la hizo mirar hacia el cercano bosque de abedules donde obtenían la leña para el invierno y los tablones para los muebles. Laura tenía ya catorce años y suficiente experiencia para sorprenderse ante lo inesperado. En aquella época nada alteraba la paz de la región. Bueno, pensó, los dioses también pueden jugar con los árboles si se aburren. Sonriendo por la ocurrencia siguió llenando el cesto, ajena a lo que había sucedido en realidad. Si se hubiese fijado más habría descubierto la presencia de un ser vagamente humano.

En la cercana morada familiar de una sola planta, su madre y dos hermanas pelaban almendras sin prisa mientras reían. Vestían amplias blusas de colores y disfrutaban comentando las últimas novedades oídas en la aldea: se decía que la mujer del barón viaja con frecuencia al cercano monasterio de Efran. ¿Buscaría la salvación de su alma o alguna otra cosa?. ¡Las preocupaciones de los ricos siempre eran tan banales!

Tres hombres montando unas cargadas mulas avanzaban por el polvoriento camino rodeando un carro cargado de mercancías. Pesados cofres, cajas de madera, rebosantes sacos y una tinaja llena de aceite de almendras dulces, muy valiosa para los nobles y ricos eran su contenido. Linen encabezaba lleno de orgullo la comitiva. Había sido admitido como vasallo en la guardia del barón de Manei aquella primavera. Si lo hacía bien y demostraba lealtad y obediencia, en dos años le permitirían ser soldado. Además de la responsabilidad del cargo actual, en un futuro poseería una espada corta y el respeto de su familia. ¡Les demostraría a todos que era un valiente y hábil joven!. Inconscientemente se irguió lleno de orgullo y lanzó una complacida sonrisa hacia el despejado firmamento.

A los lados del carro se situaban otros dos jóvenes, debidamente pertrechados con armaduras de cuero y espadas cortas, que habían entrado en la guardia tres años antes y ya habían cumplido su período de preparación como mozos. Estaban algo nerviosos, aunque jamás lo reconocerían: un grupo de bandidos habían asaltado al recaudador dos lunas antes, dejándolo malherido y a su ayudante muerto. El barón, furioso por la pérdida de un valioso cargamento, había ordenado reforzar las escoltas y dos patrullas recorrían los caminos buscando pistas sobre los salteadores. Pero hasta que los localizasen y capturasen, proteger las mercancías sería un gran riesgo que debían asumir las fuerzas locales.

Los últimos diez días habían visitado todas las granjas, comercios y telares de la comarca para cobrar los tributos de la estación. La cosecha había sido generosa y los mercaderes también parecían haberse beneficiado de la paz imperante y la mayor actividad comercial. Pero Linen sabía que aquella imagen era engañosa. Con un grupo de bandidos al acecho, nadie estaba seguro. ¡Ojala el barón los cazase sin piedad!. Él se apuntaría sin dudarlos. Un escalofriante e irreconocible bramido les hizo volver a la realidad y acariciar su arma: ¿había un oso las intermediaciones?

La primera de las bestias lobo regresó al punto de origen y no encontrado al explorador, su líder en aquella expedición, lo llamó con un potente aullido. Como si fuese la señal convenida regresaron el resto de bestias también. Nada en su aspecto permitía adivinar si habían encontrado lo que deseaban. Jadeaban por el calor o el esfuerzo y evitaban tumbarse sobre el verde suelo. Aquel exceso de vegetación, ocupándolo todo hasta donde la vista alcanzaba, les resultaba perturbador. En su mundo apenas había plantas y las que habían sobrevivido, eran peligrosas.

Uno de los medio lobos husmeó la zona hasta encontrar el rastro de su maestro. Después de aullar una vez más llamando de sus compañeros se puso en movimiento. Con algunos ágiles saltos se dirigió a su encuentro. Sin decir nada, el resto le siguieron criaturas le siguieron. En su breve carrera evitaron cuanto pudieron rozar los troncos o mojarse las patas en un diminuto riachuelo que cruzaron.

El ser humanoide, en el linde del bosque, estudiaba una figura situada a un centenar de pasos. Había una persona recogiendo plantas que no consiguió evocar los recuerdos de su vida anterior. No sabía distinguirlas con seguridad por edad o sexo, pero si aquella frágil figura representaba los principales pobladores del valle, conquistarlo sería humillantemente sencillo. Las cuatro bestias se acercaron al explorador evitando sobresalir entre la vegetación y con breves gruñidos le transmitieron sus descubrimientos: no habían encontrado rastro de magias ni de los guardianes celestiales. Disgustado, su guía reflexionó: hasta donde sabía, el Amo había ordenado atacar, arrasar y someter media docena de mundos durante las últimas décadas. Shiber, el principal brujo de su corte, estudiaba la esencia mágica de los mundos buscando pistas. Había que encontrar a los traidores que se habían rebelado contra el Amo varios siglos antes. ¡Y sería él, pensó, quien los encontrase!. Lleno de rabia buscó donde liberar su furia: sí, aquella figura serviría. Ordenó a las cuatro bestias que atacasen a ser que recogía vegetales del suelo. Probaría si realmente estaba tan indefensa como parecía.

Satisfechos por poder liberar su agresivo instinto cazador, las cuatro criaturas abandonaron las sombras del bosque y se lanzaron contra la morada, el huerto y, especialmente, las cuatro mujeres que allí estaban y podían oler. No les gustaba aquel valle lleno de vida sin sentido. Preferían su propia tierra

donde animales y planta estaban vinculados según la voluntad suprema del Amo.

Al ver la salvaje carga de sus ávidos sirvientes caninos, el explorador recordó que sus instrucciones incluían llevar un prisionero vivo en su viaje de regreso. Lo necesitaban para experimentar con él. Casi todas las formas de vida podían ser corrompidas por la magia oscura de su propio mundo. Si podían hacerlo con los pobladores de aquella esfera, no necesitarían un gran ejército para someterla. Únicamente una avanzada bastaría para diseminar la infección que convertiría a sus habitantes en esclavos. Una nueva punzada de su cerebro le desconcertó: de algún modo, tenía la sensación de haber pasado por lo mismo con anterioridad. No recordaba cual era su propio mundo. Pero, ¿qué más daba?. Ahora servía un fin mayor y su existencia tenía pleno sentido. No necesitaba dudas, debilidad ni esperanza. Se sentía completo obedeciendo al Amo. ¡Ah!, bajo su batuta el multiverso completo se sometería. Pero, reflexionó mientras seguía a las bestias, primero debía completar la misión.

Fue Magda, la mediana de las tres hermanas, que paseaba agachándose para arrancar malas hierbas, la primera que detectó el inesperado asalto. Vio cuatro extraños perros de tenebroso pelaje y ansiosos morros llenos de dientes avanzando a saltos hacia ellas desde el linde del bosque. Por un momento se quedó petrificada, demasiado sorprendida, sin saber cómo reaccionar. Luego se levantó de un salto y gritó:

–*¡Monstruos del infierno!* –el nombre era incorrecto, pero con once años apenas sabía lo que le enseñaban sus padres y había oído en la iglesia.

Su madre siguió su mirada con inquietud y después de la sorpresa por no reconocer a aquellos animales entendió que su familia corría peligro. Su marido estaba en la aldea y ninguna de ellas sabía emplear una espada para defenderse. Cogiendo con energía a la pequeña tiró de ella en dirección a la casa mientras advertía a la mayor.

–*¡Laura, corre a Manei!. ¡Busca a tu padre, en nombre de Donblas!. ¡Dile que venga con los cazadores o la milicia!* –y entró en la casa dejando fuera los productos recogidos y las herramientas.

No tenía más opción que confiar en que su hija, aficionada a las carreras, conseguiría salvarse y pedir ayuda. Pero para asegurarse de ello debía darle tiempo, alguna clase de ventaja: sabía lo que tenía que hacer. Apoyó sus manos en los hombros de Magda, que la había seguido al interior del hogar, y con gran amargura, esforzándose por decir aquellas palabras sin que las lágrimas la hiciesen dudar, la instruyó.

–*Cariño, tengo que salir a salvar a tu hermana* –la niña, al oír el tono de desesperación de su madre, rompió a llorar.– *Cuando salga, cierra la puerta con la barra y no la abras hasta que llegue tu padre. Cuida de tu hermana* –dijo temblando– *y obedece a tu padre. Te quiero.*

La besó con ternura y miró por última vez a su pequeña que la miraba

asustada sin entender que sucedía. Después, llena de decisión y valor, cogió el cuchillo más grande de la cocina y salió al exterior dando voces para atraer a las bestias. Si las entretenía suficiente tiempo, Laura se habría alejado suficiente y no correría peligro.

Impulsada por el terror, levantando los bajos de su falda y el pelo revuelto por el viento, la mayor de las tres hermanas atravesó el valle en dirección a la aldea. Por un momento oyó unos estremecedores gritos, pero no se giró a mirar. Debía encontrar a su padre y ahuyentar a los animales salvajes que amenazaban su hogar. Se temía que llegar a la villa le iba a costar demasiado tiempo, pero no le importaba. Corría ignorando la falta de oxígeno en sus pulmones, el dolor de su vientre y todo cuanto sucedía a su alrededor. Al llegar al camino de Manei miró detrás una vez. Una de las bestias aullaba frente a la puerta de su casa sin dejar de moverse. Otras dos estaban mordiendo algo en el suelo. ¡Y una la había descubierto y empezaba a moverse en su dirección!. Más asustada todavía reanudó su enérgica galopada: debía advertir a su padre. Su madre se lo había pedido.

Avanzando por el poco transitado camino, Laura no podía evitar dejar de mirar detrás. Se sabía presa de una criatura mucho más rápida que ella. Pero no podía rendirse. Tenía que ayudar a los suyos. Había hecho aquel camino un millar de veces a la carrera y esa no sería la última. Confundida por la prisa, los nervios y el miedo, no vio a un solitario jinete hasta chocar frontalmente con su montura.

Gunder, hábil carpintero, aficionado a la alquimia y secretamente enamorado de la dueña de la única posada de Manei, visitaba la aldea cada vez que tenía ocasión. Tiempo atrás se le habían acabado las excusas para justificar su presencia allí frente a la posadera, pero era un hombre afable, de unos cuarenta años, prácticamente calvo y de fácil trato: siempre era bien recibido. Tenía amigos y clientes en la villa y conocía de vista a la mayoría de sus habitantes. Al ver aquella niña corriendo en su dirección la identificó como una de las hijas de la familia Juren y sonrió: había salido a su madre. Cuando fuese mayor, partiría algunos corazones.

Entonces descubrió algo a medio centenar de pasos de distancia. Una especie de lobo, de aspecto enfermizo, perseguía a la niña como si deseara devorarla. Aquello era extraño: tanto por su aspecto como por su actitud. Los lobos no abandonaban las frías zonas del norte en pleno verano ni molestaban a las personas fuera de sus territorios de caza. Claro que aquella criatura podía estar afectada por la rabia. En cualquier caso, su obligación era defender a la niña. Detuvo su montura e iba a descabalar cuando la asustada joven chocó con el caballo.

–¡Ayúdeme! –gritó con la voz quebrada la pequeña al verle.

El carpintero no necesitaba petición alguna para saber que debía hacer. Sacó su honda y con una puntería fruto de una juventud dedicada a

muchas cosas no demasiado provechosas, logró acertar a la bestia en la cabeza. Esta se detuvo sorprendida y le miró con prudencia. Algo en la inteligencia de aquellos ojos le preocupó. Y cuando la bestia aulló y se lanzó a la carga de nuevo, entendió que no iba a poder ahuyentarla.

Las dos dagas que llevaba en su equipaje resultarían insuficientes para mantener alejada a la bestia y también parecía demasiado ágil para acertarla con el viejo arco de su padre. Con la amenaza a pocos pasos y la niña temblando en el suelo, tuvo una ocurrencia. En las fiestas de Jadmar había visto unos espectaculares trucos con fuego y había querido aprenderlos. La magia no se le daba bien, así que al final se había contentado con comprar unos pequeños recipientes que contenían un líquido que se inflamaba al contacto con la piel. A la vez que la agresiva criatura saltaba sobre sus víctimas Gunder alzó uno de los frascos y lo lanzó contra su oponente.

El sencillo frasco de barro se rompió en mil fragmentos al golpear a la bestia derramando un denso líquido que se incendió de inmediato cubriendo la cabeza del asaltante. Un bramido de dolor acompañó el final del salto y la criatura cayó rodando en el suelo. Luego, con las llamas recorriendo su lomo y cola, se dio a la fuga.

*-Ya está, bonita* -dijo el carpintero todavía perplejo, mientras pensaba que hacer- *ya está.*

El asalto a aquella sencilla casa de madera no había servido para aprender gran cosa. Primero, la persona armada situada bloqueando su paso había caído frente a la furia de sus bestias en un instante. No llevaba armadura ni aparentaba saber luchar. La puerta cerrada que defendía la casa apenas era un tablón de madera y derribarla no había sido problema. Dentro había encontrado dos crías de aquella especie en una esquina, mucho más pequeñas que la del exterior, gritando y llorando como si pudiesen invocar a sus dioses. No quería arriesgarse a llevar prisioneros demasiado débiles para sobrevivir al viaje de regreso y decepcionar a sus patrones, así que con un gesto indicó a las bestias que podían eliminarlas y desgarrar sus cuerpos para calmar su furia. Él localizaría un auténtico espécimen de aquellos seres. Observó la estancia con calma reconociendo dos lechos y el hogar limpio de brasas y polvo. Todo construido con madera y piedra.

Un dolorido aullido, amortiguado por la distancia, llamó la atención del explorador desde el exterior de la casa. Salió a investigar su causa y localizó al momento su origen. Una de sus criaturas se aproximaba con parte de su piel quemada y aspecto asustado. Aquello le puso de muy buen humor: así que había magos de fuego entre aquellos seres. Él había visto varias veces con anterioridad a Pyros, uno de los más fieles comandantes del Amo. Era un ser de fuego violento, siempre presto a la venganza, capaz de destruir a cualquier enemigo sin arma alguna. Podía proyectar llamas desde su cuerpo y aniquilar a sus oponentes.

Con un fuerte grito convocó al resto de bestias a campo abierto y partió en la dirección que la herida criatura le indicó. Su nuevo enemigo no debía ser tan poderoso, razonó, si únicamente le había hecho eso a una de las criaturas: ¿sería un aprendiz o la magia era débil en aquel mundo?. En realidad no importaba: su función era reunir información.

Llegar al camino apenas les tomó un momento. Los pobladores de la zona mantenían el terreno cuidado, sin broza ni malas hierbas. Le chocaba imaginarse a una especie cultivando grandes extensiones y alimentándose de plantas que requiriesen de su atención. En su mundo todo giraba entorno a la argamasa, una substancia que los fortalecía, curaba y dominaba: no había necesidad de preocuparse por el hambre o la enfermedad. Era el mayor regalo del Amo a los suyos. La solución a todos los problemas.

Poco después de iniciar la búsqueda, en un punto donde algunos dispersos árboles daban sombra sobre el camino, localizó el lugar del encuentro. Para su decepción, en el suelo había un frasco roto en pedazos. Lo olfateó y se convenció: aquello no era magia. Se había empleado una substancia inflamable. En cualquier caso, reflexionó, eso era señal de inteligencia: aquel ser sería el prisionero perfecto. Hizo una señal a una de las bestias y siguió el camino con el resto.

El designado para el avance fue el más rápido de los falsos lobos. Se adelantó y siguiendo el rastro de su víctima llegó hasta un punto donde ya era visible una aldea. Había encontrado la parte más septentrional de Manei. La villa se esparcía con generosidad por el valle. Únicamente en su centro había algunos edificios de tres plantas, siendo el resto sencillos hogares de piedra y madera de una planta. Incluso la iglesia, acompañada por un modesto campanario, era en gran parte de madera.

El carro y sus protectores llegaron a la tranquila Manei por el lado occidental a la vez que Gunder y la joven rescatada entraban en la desvencijada taberna local buscando ayuda. Para Linen, cansado por los viajes y su vieja e incómoda silla de montar, el momento de visitar una aldea era otra decepción. Sus dos compañeros, siendo ya soldados, le dejaban a cargo del carro y se dirigían a la taberna para preguntar por el alcalde y recuperar fuerzas. Mientras, el joven se limitaba a observar las calles y a sus gentes, aburrido. Y haciéndole desear que sucediese algo más emocionante.

Aquel día le animó mucho descubrir una pequeña tienda que vendía dos bandejas de bollos de canela y una docena de barras de pan. Especialmente porque estaba lo bastante cerca como para ir sin dejar de vigilar el carro con los impuestos reunidos. Sin dudar lo desmontó y después de revisar sus exigüos ahorros, decidió que un único bollo era cuanto podía permitirse.

No había llegado todavía a su anhelado objetivo cuando dos hombres corriendo pasaron por su lado. Ambos vestían armaduras de cuero y llevaban



las tradicionales lanzas de la milicia: ¿quizás habría una ejecución en la plaza principal?. La curiosidad le impulsaba a investigar, pero sabía que si sucedía algo con el contenido del carro jamás sería aceptado como soldado. Y acabar como esclavo para pagar una deuda fruto de un despiste no entraba en sus planes. Resignado, llegó al mostrador de madera en el que le atendió un mozalbete alto y delgado, con la cara llena de cicatrices.

-¿Cuánto cuesta uno de estos bollos? -preguntó con educación repasando mentalmente sus ahorros.

No llegó a oír la respuesta pues una repentino y potente destello de luz asomó por la parte septentrional de la aldea. Un fognazo verde, como si las hojas de los árboles cercanos se hubiesen convertido en claridad, manteniendo parte de su color inicial. Dos mujeres que charlaban animadamente, cargadas con cestos de ropa, se detuvieron y miraron en aquella dirección perplejas.

Tal y como se había iniciado, el día recuperó su normalidad, aunque un inexplicable silencio se había apoderado del ambiente. Linen entregó una moneda de cobre al vendedor y volvió al carro sin esperar el cambio. ¡Aquello era muy injusto!. Sus compañeros estarían divirtiéndose en la taberna, conociendo a las lugareñas y probando sus cervezas, mientras él se aburría rodeado de una fortuna. Incapaz de aceptar aquello, recapitó durante unos instantes. En ello estaba cuando la puerta de la taberna se abrió y una multitud, demasiado numerosa para haber cabido en su interior con comodidad, la abandonó. No menos de dos docenas de personas se congregaron en plena calle dando voces. Momentos después llegó un hombre mejor vestido a caballo y todos callaron.

-¡Amigos! -exclamó haciéndose oír entre los presentes-. *Calmaos, explicadme que sucede.*

Varios hombres, vestidos como campesinos, leñadores o artesanos, intentaron hablar por encima de los demás. Entre la confusión reinante, una muchacha lloraba. Finalmente el jinete mandó guardar silencio. Fue Bagelli, el viejo herrero, quien habló en representación de los otros.

-*Señor alcalde -empezó con su aguda voz-, la mayor de los Juren ha venido corriendo a la aldea. Un grupo de lobos está atacando su granja y su familia está atrapada dentro. Gunder la encontró en el camino y vio a uno de esos lobos. Es una bestia tan grande como un caballo y en sus ojos arde el juego del Caos.*

-*Bueno... quizás no tan grande* -intentó aclarar el carpintero sin demasiado éxito. La excitación general impulsaba la imaginación de los presentes frente al sentido común.

-*¿¡Qué decís!?* -la pregunta salió del pecho de un hombre vestido con humildad que llegaba entonces cargando un saco. La muchedumbre se mostró inquieta al reconocer al granjero, pero nadie respondió. Ni falta que hizo. Al ver a su hija mayor allí llorando no necesitó oír nada más y salió a la carrera hacia su hogar.

La gente dudo unos instantes, hasta que la solidaridad, la curiosidad y el odio a lo desconocido hicieron el resto. En una aldea pequeña como aquella tenían que ayudarse los unos a los otros. El alcalde, apenas conoció el resto de la historia, ordenó a la gente que se armasen y partió en la misma dirección. Linen no pudo evitar enfadarse al ver que sus dos compañeros se unían a la multitud. ¡Iban a liberar una granja del ataque de unas bestias y él se limitaría a aburrirse el resto de la tarde!. Buscando una alternativa, estudió las casas más cercanas. En una de ellas había un pequeño almacén. Se acercó y vio que estaba lleno de viejas herramientas y sacos vacíos. Aquello le dio una idea que podía funcionar. Sin dudarlo fue a buscar las monturas y el carro y los guardó allí, siempre atento a posibles testigos. Satisfecho, cerró la puerta, elevó una plegaria esperando que nadie los descubriese y tomó la misma dirección que el resto de aldeanos llevando sus armas. En su mente ya estaba rescatando a una dama.

La visión de la villa, lo bastante grande para contener un centenar de pobladores, había hecho dudar al explorador. Podía intentar capturar un habitante y retirarse, pero si eran descubiertos serían aniquilados. Por ello había decidido pedir ayuda. Con el medallón hechizado que le habían entregado trazó un círculo de diez pies de ancho. Luego recitó la llamada tal y como se la habían enseñado. No era capaz de entender las palabras que empleaba ni le hacía falta. Alguno de los comandantes del Amo respondería a su convocatoria.

Un destello verde iluminó el círculo. Posiblemente los humanos lo habrían visto, así que ordenó a sus bestias que vigilasen el camino mientras él completaba la invocación. Apenas se habían alejado unos pasos las criaturas cuando una pesada niebla, similar a las nubes de una peligrosa tormenta, ocupó el círculo hasta una altura de diez pies. Una mano surgió de su interior, seguida de un brazo y el resto de un nuevo ser.

–*Soy Summoner* –dijo el recién llegado desde el interior del círculo con tono autoritario y muy seguro.

El explorador, reconociendo al comandante, se puso de rodillas y sin levantar la vista del suelo explicó la situación al invocado dándole todos los detalles posibles e indicándole que proponía. Summoner era algo más alto que él mismo, notablemente más fornido, cubría su cabeza con un casco astado y una cicatriz negruzca le atravesaba el pecho. Lo que más llamaba la atención era su alabarda, fabricada con materiales irreconocibles y runas de un extremo al otro. Guardó silencio hasta que el explorador completó su narración.

–*¡Ah!, por fin un desafío* –comentó con satisfacción el comandante. Alzó una mano y dibujó unos intrincados signos que impulsaron la niebla, elevándola y volviéndola completamente opaca. Parecía el humo de un gran incendio que estuviese arrasando el valle y no dejaba de expandirse, alcanzado

las copas de los árboles-. ¡*Miarkan!* ¡*Dobitzu!* –repitió tres veces mientras las runas de su alabarda se iluminaban lanzado destellos azules y amarillos. Un golpe de viento sacudió la escena y acabó arrastrando la niebla, dispersándola. Y convirtiéndola en un vago recuerdo del poder de los visitantes. En su lugar quedaron medio centenar de bestias. La mayoría eran como los escuálidos lobos iniciales, pero también había exploradores y otras criaturas parecidas a oso enfermos y gatos de afiladas garras.

El sonido de unos rápidos pasos llamó la atención de aquellos misteriosos seres. Por el camino apareció un hombre llevando una pequeña hacha, a la carrera, en dirección a su granja. Cuando contempló a la numerosa jauría de bestias allí reunida se temió lo peor. Si aquellos eran los seres que habían atacado a su familia, no habrían sobrevivido. Poseído por una furia incontrolable, ignorando el miedo y el sentido común, el granjero cargó contra sus oponentes pensando que pronto se reuniría con sus seres queridos.

Cuando el alcalde llegó a aquel mismo punto poco después, con el pulso acelerado y su caballo muy nervioso, se encontró media docena de bestias destripando un cuerpo irreconocible. Era obvio que había sucedido y si no esperaba a que llegaran el resto de lugareños, no tendría mejor suerte. Intentó dar media vuelta pero otras tres criaturas le habían rodeado. En el mismo instante que una de ellas le derribaba de su montura con un enérgico salto llegaron el resto de aldeanos. Más aquellos refuerzos pronto se demostraron insuficientes. Aunque eran una treintena de personas, la mayoría llevaba palos o azadas. No tenían armaduras ni disciplina y tampoco sabían como cubrirse contra un enemigo que los superaba numéricamente. Acosados por las bestias se dividieron en pequeños grupos que fueron empujados fuera del camino. Y en el bosque fueron emboscados una y otra vez, siempre con desastroso resultado. Los dos soldados intentaron formar una línea defensiva aprovechando algunos gruesos troncos y una roca, pero se les plantó delante un rival formidable. Un ser humanoide con una temible alabarda.

El resto de lobos, osos o lo que fuesen se desperdigó por el bosque persiguiendo a los aterrorizados y ahora fugitivos aldeanos. Uno a uno los cazaron, alimentándose de su carne y aullando de satisfacción por el festín. En su propio mundo no quedaba caza ni enemigos.

Summoner se mostró satisfecho con el éxito del ataque. Sus fuerzas habían superado completamente a los habitantes de aquella región. Aunque no encontrasen allí ninguna pista de los guardianes celestiales invadirían aquel mundo. Rebosaba vida, lo que significaba esclavos y nuevos miembros para su imparable ejército. Pero aún faltaba algo por hacer.

–¡*Necesitamos a uno vivo!* –indicó a uno de los exploradores, que de inmediato se dirigió a la aldea con la mayoría de las bestias.

Preocupado por que le descubriesen los lugareños, el joven Linen avanzaba con cautela por el camino. Se moría de ganas de saber que sucedía y si los lobos eran tan terribles como se había sugerido en la aldea. Su precavida actitud le salvó la vida. Oyó los aullidos de las bestias y le dio tiempo a ocultarse en una rama alta y robusta de un frondoso árbol. Allí, recostado sobre la gruesa rama, evitando respirar y deseando no tener sombra, pudo ver dos docenas de rabiosos animales dirigirse a la aldea.

Su primer impulso fue seguirles para ayudar en la defensa de la villa, mas recodó que allí solo quedaban mujeres, niños y ancianos. Los hombres habían ido a la granja de los Juren o estaban dispersos cuidando los campos. Sí, sin duda la mejor opción sería ir en su busca: reunir una fuerza capaz de batirse con el enemigo. Cuando dejó de oír los alocados pasos de aquellos seres bajó de la rama y continuó avanzado, de tronco en tronco, evitando quedar a descubierto.

Poco después volvió a oír unos sonidos. Eran gritos provenientes de la aldea. Entonces se dio cuenta que ya no había esperanza alguna. Aunque encontrase al alcalde, a otros campesinos o incluso a una patrulla de la milicia, ya no quedaría nada que salvar. Todavía se debatía entre sus miedos y esperanzas cuando tropezó con una cadáver. Reconoció al momento al herrero del pueblo, al que le faltaba una pierna, partes de las manos y los dos ojos. No puedo evitar un escalofrío y cayendo de rodillas vomitó. Notaba una fuerte sensación de mareo.

-¡¡Grrrrr!! -oyó a su espalda. Se dio media vuelta y se encontró cara a cara con una de aquellas bestias. Quizás no eran tan grandes como un caballo, pero sus ojos llenos de odio y el putrefacto olor que despedían les daba un aspecto espeluznante

-Dioses... -llegó a decir antes de que la criatura le saltase al cuello. Después solo se pudo oír el crujir de sus huesos.

